

LA POLÍTICA DE LA INTERNACIONAL¹

L'Unità, 15-10-1925.

Nápoles, 21 de septiembre de 1925

Para poder exponer mejor las críticas al *trabajo de dirección* de la Internacional Comunista desde hace algunos años a esta parte, me centraré casi exclusivamente en las vicisitudes de su política en Alemania, tanto porque se presta muy bien a una exposición más concreta de nuestro punto de vista, como porque representa la parte central y más importante de la actividad comunista internacional.

Vamos a remontarnos al IV Congreso (diciembre de 1922) y a la discusión sobre la táctica y el gobierno obrero. Se sabe que nosotros sosteníamos que los reveses posteriores en Alemania estaban relacionados, principalmente, con las soluciones incorrectas que los Congresos daban al problema de las directrices políticas fundamentales y también con el trabajo de los órganos directivos del Komintern. Los criterios en los que se basa el trabajo político de éste son los de un momentáneo equilibrio congresual entre los grupos dirigentes de los partidos y, se podría decir, los de las maniobras internas de tipo parlamentario, frente al criterio que a nosotros nos parece vital para el partido revolucionario, que es llevar a cabo un trabajo político que niegue dialécticamente los métodos y los hábitos del politiquero burgués.

Ante estas graves deducciones críticas es mejor ir al grano y exponer los argumentos. Tanto más en la medida que nosotros, al rechazar cualquier imitación de la técnica parlamentaria o de la diplomacia burguesa, no partimos de apreciaciones apriorísticas o de repugnancias puritanas, sino que tratamos de situarnos plenamente en el terreno realista y marxista de la adecuación de los medios al fin revolucionario que nos marcamos.

LA CUESTIÓN TÁCTICA EN EL IV CONGRESO

Quien escribe tomó la palabra para hablar del informe del compañero Zinoviev, poniendo de relieve las dudas imperantes sobre la naturaleza de la táctica del gobierno obrero. En el Ejecutivo Ampliado de junio de 1922, como he recordado tantas veces, el gobierno obrero se definió como sinónimo de la dictadura proletaria y de la movilización revolucionaria de las masas. Si realmente fuera así, nosotros no habríamos tenido razones para oponernos: pero yo preguntaba si no había ningún riesgo de que surgieran interpretaciones más *derechistas*, vías intermedias distintas entre el poder burgués y la dictadura proletaria, auténticas maniobras política en el terreno parlamentario.

Debo reproducir textualmente lo que dije sobre Alemania, resumen estenográfico oficial, Boletín n° 4, página 15 de la edición francesa: «*En Alemania, por ejemplo, vemos cómo se plantea (en vísperas de una crisis industrial general) el problema del control de la producción en el movimiento de los Consejos de empresa. Hay una cierta analogía con la situación italiana del mes de septiembre de 1920, que precedió a una gran derrota proletaria. Si se produjese un hecho revolucionario semejante, el Partido Comunista Alemán debe estar atento a las tendencias oportunistas, sin excepción, y rechazar hasta el más modesto apoyo a esta consigna del control. Es esos momentos, si el Partido Comunista no actúa de manera autónoma, hay*

¹ Este artículo firmado por Bordiga venía acompañado de la acostumbrada nota editorial de los centristas, que en este caso llevaba por título: "Contra el escepticismo".

posibilidades de que se desarrolle una situación contrarrevolucionaria, que prepararía un gobierno en el que un fascismo alemán podría contar con la colaboración de los traidores de la socialdemocracia».

Al mismo tiempo, anunciaba que la mayoría de la delegación italiana había presentado otro proyecto de tesis sobre la táctica contra el proyecto de Zinoviev, que subrayaba el desacuerdo que existía a la hora de interpretar el gobierno obrero y el frente único, que en dicho proyecto no se concebían como una coalición con partidos socialdemócratas, sino como una movilización de las masas para que la acción independiente del PC pudiera conquistarlas.

Inmediatamente después de mi discurso, pusieron el del compañero Graziadei. Digo *pusieron*, porque lo separaban de mi dieciséis turnos en la lista de oradores. Y Graziadei, aunque se centró sobre todo en la cuestión italiana, a la que yo de hecho no me había referido, dijo textualmente (obra citada, página 19), entre otras cosas: «*Yo no nunca he compartido la opinión del compañero Zinoviev que parecía que consideraba el gobierno obrero sobre todo como un sinónimo de la dictadura proletaria. Me alegro de que esta concepción la haya modificado él mismo y el Comité Ejecutivo de la III Internacional*». Y más adelante: «*Hay que considerar la posibilidad histórica de que el gobierno obrero sea una etapa real entre el gobierno burgués, o incluso socialdemócrata, y la dictadura del proletariado. Y en este caso bien puede ser que el gobierno tenga incluso una forma parlamentaria*». Tales declaraciones, efectuadas como respuesta oficial a mis herejías, tenían indudablemente el mérito de ser claras.

En cambio, la claridad fue lo que le faltó precisamente en la discusión posterior, en la cual Radek defendió explícitamente la fórmula de Graziadei, y Zinoviev y Bujarin trataron de atenuarla. Si aquél desacuerdo hubiese sido resueltamente *eviscerado* en aquel entonces, como se debería hacer en una discusión abierta entre buenos revolucionarios, hasta lograr dar con la línea correcta para los trabajadores, para los Partidos Comunistas y el Centro directivo de la Internacional, luego no se habría planteado tan turbiamente la cuestión de la responsabilidad por todo lo que ha sucedido en Alemania; y añadido que si el trabajo de dirección de la Internacional no hubiese adoptado estos métodos erróneos, los propios acontecimientos podrían haber seguido un giro distinto y menos desfavorable. De hecho, el problema que eclipsó esta vital clarificación era un problema interno: había que lograr la acostumbrada unanimidad en las votaciones mediante una fórmula que contentase a todos sin precisar nada. Solo nosotros nos quedamos al margen de tal unanimidad, y fuimos el blanco contra el que se lanzaron una serie de severos y violentos discursos, como es habitual. En un momento dado, cuando yo estaba hablando de la disensión entre Radek y Zinoviev, me interrumpieron con la noticia –que, por cierto, no era lo que se desprendía de las actas del Congreso, que justamente demostraban lo contrario– de que ellos dos estaban de acuerdo. Y en realidad colaboraron en la compilación de las tesis. De hecho, prevaleció el compuesto químico de la solución Radek frente a la de Zinoviev, quien sin embargo continuó sosteniendo, frente a nuestro infantilismo corto de miras, que él no había cambiado nunca de parecer sobre dicho punto, que supuestamente estaba muy claro desde el punto de vista de la táctica o de esa super-táctica llamada hoy leninista o bolchevique.

En efecto, he aquí cómo se expresan las tesis (Boletín n° 32, p. 15): «*Un gobierno obrero salido de una combinación parlamentaria, y por tanto de origen puramente parlamentario, puede incluso [subrayado en el texto] reanimar el movimiento obrero revolucionario*». Luego se afirma, es cierto, que esto llevará «*a una lucha más encarnizada y eventualmente [¡sic!] a la guerra civil contra la burguesía*». Y más adelante: «*En ciertas circunstancias, los comunistas deben estar dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas*». Estas normas de acción tan escabrosas y poco sólidas vinieron seguidas, como es costumbre en el compañero Zinoviev (no diré que esta sea su herramienta), de una

disertación narrativa y descriptiva sobre los cinco tipos de gobierno obrero posibles. El epígrafe precedente, que por cierto trataba del Frente Único, se zanjó más a la *izquierda*, pues no fue objeto de todas esas componendas preparatorias en la Comisión y en la subcomisión y quedó más parecido a la primera redacción. Pero lo curioso es que mientras que tal epígrafe rechazaba el Frente Único entendido como combinación parlamentaria, en el del gobierno obrero, cuyos pasajes esenciales hemos expuesto, se retoma la afirmación graziadeiana: el gobierno obrero es la consecuencia inevitable de toda la táctica del Frente Único.

Toda esta *cocina* contrasta de manera evidente con la necesidad de fijar una dirección para la difícil acción del movimiento comunista mundial, y esto sólo podría excusarlo quien piense que las resoluciones de los Congresos no sirven para nada: pero entonces podríamos decir legítimamente que es mejor no celebrar Congresos, y no habría razón para gritar tanto contra quien no transige con todas sus deliberaciones.

OCTUBRE DE 1923 EN ALEMANIA. EL PENSAMIENTO DE TROTSKI

En la discusión del IV Congreso estaban en primera fila algunos de los más ortodoxos y geniales intérpretes de esta *verdadera* táctica, nos referimos a los dirigentes del Partido alemán, Brandler y Thalheimer, que formaban parte de esa unanimidad Radek-Zinoviev de la que ya hemos hablado.

Pero los acontecimientos debían desmoronar esta topografía parlamentaria. En 1923 se presentó en Alemania una situación excepcionalmente favorable para el Partido Comunista, pero, según la opinión unánime del V Congreso, aquel no supo aprovecharla y siguió una táctica que ni siquiera condujo a la derrota, sino a la ausencia de batalla. La polémica sobre las responsabilidades de este error todavía no se ha cerrado. Según Radek, Brandler, Thalheimer y los derechistas alemanes, la lucha era imposible y la dirección del Partido alemán no había cometido ningún error, pues aplicó la táctica del Frente Único y del Gobierno Obrero según las tesis del IV Congreso y las disposiciones del Ejecutivo de la Internacional. Según la izquierda del Partido alemán, que venció clamorosamente en el Congreso de Fráncfort, antes del V Congreso (los representantes de la izquierda en el IV Congreso, no obstante, se habían solidarizado con la solución dada a la cuestión táctica), la dirección del partido ya había fracasado en su función al dirigir la política del partido con espíritu socialdemócrata y al hacerse ilusiones con una alianza con la izquierda socialdemócrata y la penetración pacífica en el poder burgués en Turingia y Sajonia, donde como se sabe participaron de hecho en el gobierno tres ministros comunistas; por consiguiente, habían desaprovechado la ocasión de llamar a las masas a la lucha. Según la actitud oficial de Zinoviev y el Comité Ejecutivo del Komintern, eran los dirigentes alemanes y, junto a ellos, Radek, quienes tenían la culpa del fracaso por no haber aplicado la táctica y seguido las órdenes de la Internacional, cuya política, bien establecida en el IV Congreso, se había ejecutado mal, sobre todo por parte de los compañeros que entraron en el gobierno en Sajonia.

Nosotros dijimos en el V Congreso que los dirigentes alemanes eran responsables del fracaso, pero junto a todos aquellos que habían aprobado y deliberado la táctica *graziadeiana* en el IV Congreso, táctica que se había desplomado no porque no se hubiese sabido aplicar en ese caso específico, sino porque era una táctica equivocada que constituía una desviación de la línea revolucionaria.

En el V Congreso no acudió el compañero Trotsky. Recientemente hemos visto en *L'Unità* un amplio escrito del compañero Kunsinen en el que intenta demostrar una insistente aserción: Trotsky sólo criticó la

táctica seguida en octubre de 1923 en Alemania por la Internacional mucho tiempo después, mientras que, en aquel momento, estuvo de acuerdo con las decisiones del Ejecutivo, y no sólo con ellas, sino también en lo referente a la decisión del Centro de Brandler de no dar la señal para el inicio de la lucha. Solamente Trotsky puede ofrecer la verdadera clave de esta contradicción aparente, y no está bien aprovecharse del silencio en que él se ha sumido tras publicar la formidable crítica que contiene su obra *1917*. Yo no puedo sustituirle en este aspecto. Pero señalo una cosa, Kunsinen habla de una reunión del Ejecutivo en enero de 1924, pero dice: «Es verdad que el compañero Trotsky no asistió personalmente a estas reuniones». Así pues, no se trata de unas declaraciones de Trotsky, sino de unas tesis presentadas por Radek en las que Trotsky habría colaborado. Ahora bien, la preparación de estas tesis puede haber sido de muchas formas.

La frase más escandalosa parece ser que es ésta: «*Si el partido hubiese desencadenado la insurrección, como proponían los compañeros de la organización de Berlín, habría caído hecho trizas*». Nadie puede decir si Trotsky asume la paternidad de tal frase. Por mi parte, pienso que ni los compañeros de Berlín, y menos aún los dirigentes de la Internacional, habían hecho todo lo que debían para poder exigir luego esta proclamación de la lucha. Y no hablo de los obreros comunistas berlineses, sino de sus delegados en el IV Congreso, entre ellos Ruth Fischer, que deberían haberse opuesto entonces al equívoco y a la peligrosa fórmula de las tesis y también a la unanimidad de los dirigentes de derechas alemanes como parte integrante de la unanimidad congresual. Tras la orientación que prevaleció en el IV Congreso, después de permitir la experiencia de *combinación parlamentaria* en Sajonia, después de todos estos precedentes desfavorables, desde la perspectiva de la izquierda incluso se puede decir que la insurrección no había sido convenientemente preparada y podía fracasar. El éxito de la revolución no depende de una decisión tomada en cinco minutos.

La respuesta a estas supuestas contradicciones lanzadas por Kunsinen sólo puede venir, pues, del mismo Trotsky, y no de aquellos que para no perder su fama se apresuran a poner palos en las ruedas de Radek u otros, lo que hoy parece ser la norma vigente. Y puedo decir que todo lo que he expuesto hasta ahora coincide con el pensamiento de León Trotsky, pues en una conversación personal, en la época del V Congreso, me hizo una interesante exposición sobre el desarrollo de los acontecimientos en Alemania y sobre las propuestas que él había venido haciendo desde la primavera sobre la acción táctica que debe guiarnos.

Según Trotsky, la perspectiva revolucionaria se veía venir desde hacía muchos meses, y era necesario (según su sugestiva frase) *fijar la fecha de la insurrección*. ¿Qué significado marxista y leninista tiene fijar la fecha para una revolución? Trotsky me lo explicó de tal forma que la posterior lectura de sus *Enseñanzas de Octubre* (he dicho mal, la propia lectura de las acerbas críticas que se difundieron entre nosotros meses y meses antes que el texto trotskiano) me lo dejó aún más claro. El partido debe anticiparse al desarrollo de una situación decisiva que lleva a las masas al choque revolucionario, y conforme va madurando esta situación, con más fuerza debe tomar la iniciativa. A comienzos de 1924, según Trotsky, aún era posible –así lo manifestó en los primeros meses del año a petición de la compañera Zetkyn, y no dejó de defender su *proyecto* después; he aquí la declaración que recuerdo de él; un hombre al que efectivamente no tengo por infalible, pero que creo firmemente que tiene más envergadura que ciertos chapuceros y polémicos expedientistas que están tan de moda– era posible trazar el desarrollo progresivo de la acción del Partido de esta forma: unas cuantas semanas de enérgica e impulsiva agitación con la consigna “constituyamos los Soviets”; otras tantas semanas con la consigna “todo el poder a los Soviets”; unas semanas después, lanzar la señal de la insurrección para la toma del poder. Se entiende que la fecha culminante de la lucha podía

anticiparse o postergarse en el curso de la campaña, según el éxito obtenido en las primeras fases. Pero en todo este período debía desarrollarse una ardiente preparación partiendo de la absoluta convicción de *lo que iba a suceder*. Debo decir que Trotsky, de hecho, no excluía la posibilidad de que en el curso del movimiento pudieran emplearse medios tácticos como el gobierno obrero, que me reprochaba no querer aceptar. Pero según me dijo textualmente, para él sólo se trataba de una propuesta lanzada a las masas bajo la forma de ardiente *ultimátum* a la socialdemocracia. En veinticuatro horas se le debía plantear la alternativa: o con nosotros o contra nosotros, y había que estar preparados para la eventual necesidad de marchar también contra la socialdemocracia. Yo reafirmé, y reafirmo, mi opinión de que semejante táctica no es realizable, que conlleva demasiadas probabilidades de darnos un octubre a la alemana y no a la rusa, y que su aceptación por parte del Partido compromete directamente su difícil preparación, como masa y estado-mayor, así como su formidable capacidad de iniciativa revolucionaria, según la propia perspectiva de Trotsky de preparación para la revolución.

A la vez que explicaba su *plan*, Trotsky me exponía lo contradictorias y vacilantes que eran las órdenes dadas por el centro internacional al Partido alemán. Se quiso fijar una fecha, día y mes, con demasiada antelación, para una *jornada antifascista*, imponiéndosela al partido y sin llegar nunca a aclarar (siguiendo las costumbres habituales) si se trataba de una manifestación política o de la apertura de la guerra civil. Se toleró que la táctica del Frente Único se trocase en una serie interminable de negociaciones y postergación de las decisiones con los socialistas, lo que desorientó y cansó a las masas. La ausencia de la orden de lucha fue la consecuencia inevitable de la errónea evaluación de la situación y de una mala preparación: de hecho, los días en los que la *temperatura* de las masas era más alta, el Partido no estaba preparado para dirigir las a la victoria y si hubiera acudido a la lucha no habría escapado al desastre. Trotsky sabía que el hecho de no haber luchado y no haber sabido preparar la lucha, pasado el momento de tensión, traería probablemente como consecuencia un inevitable retroceso de la influencia del Partido. Por eso le llamaron derechista y pesimista.

LA CUESTIÓN ALEMANA EN EL V CONGRESO

Los dirigentes de la izquierda del Partido alemán, en particular Ruth Fischer y Maslow, consideraron el error y sus enseñanzas bajo un ángulo incorrecto. Tendrían que haber interpretado la amarga desilusión de los trabajadores revolucionarios de Alemania mediante una crítica que atacase no sólo a los dirigentes ocasionales del Partido, sino a todo el método que le había hecho adoptar la Internacional. Por el contrario, consideraron que lo que había que hacer —no digo esto para que los habituales lenguaraces lo traduzcan en acusaciones con su estrecho y personal lenguaje— era sustituir a los viejos dirigentes del Partido. Y como para esto necesitaban el consenso del Ejecutivo de la Internacional, dejaron silenciosamente de lado la crítica al Ejecutivo. En el V Congreso, esos dirigentes de la izquierda alemana se presentaron como aliados de Zinoviev, convirtiendo a Brandler y Cia. en los únicos chivos expiatorios, y se lanzaron contra el *pesimista* Trotsky, sustituyendo la crítica marxista y revolucionaria con la banal afirmación de que, dado que ahora la dirección había pasado a los *izquierdistas*, todo estaba resuelto y todo marcharía mejor en el partido alemán. Para apoyar esta tesis se traía a colación el éxito en las elecciones de 1924, posteriores a la derrota de octubre. Pero Trotsky sabe que las derrotas de la acción de masas del partido casi siempre vienen seguidas de aparentes éxitos electorales, como contragolpe y reflujos del estado de ánimo de las masas proletarias, que manifiestan así su desilusión por la victoria no alcanzada. Pero esto no repara el daño sufrido. Defendiendo estas consideraciones de Trotsky yo le cité un ejemplo a modo de confirmación: el de las

elecciones italianas de 1921, en las que los partidos *proletarios* lograron una mayor victoria que la obtenida por el Partido Socialista en 1919, mientras en cambio ya desde finales de 1920 íbamos hacia una situación contrarrevolucionaria (hace ya tiempo que sostengo que es una estupidez considerar que la izquierda se distingue de la derecha en que la primera es optimista y la segunda pesimista en lo que respecta a la proximidad de la revolución).

Los dirigentes de la izquierda alemana no supieron traducir la experiencia de la amarga desilusión del partido que representaban y llevarla de una pieza al debate internacional. En el V Congreso practicaron la diplomacia y las maniobras, y nada más. En las secretísimas reuniones de la delegación alemana no trascendía nunca oficialmente el abierto desacuerdo entre la parte extremista compuesta por los obreros de Berlín, de Hamburgo y de la cuenca del Ruhr y las continuas concesiones de Fischer, que se desviaban claramente de las instrucciones-mandato dadas por el partido a la delegación, escritas por el entonces encarcelado Maslow, muchas de cuyas afirmaciones se acercaban a nuestra crítica de las tesis de Zinoviev.

Desviaron (mediante coloquios y acuerdos extraños al desarrollo del Congreso) la violenta reacción con la que los compañeros alemanes acogieron la propuesta de la unidad sindical internacional, la bomba del V Congreso. Aceptaron de buena gana descargar dos o tres discursos contra la rebelde izquierda italiana. Finalmente, se llegó a un acuerdo completo entre el Ejecutivo de la Internacional y la izquierda alemana sobre las nuevas tesis tácticas y todo lo demás, incluida la excomunión de Trotsky en lo referente a la cuestión rusa. Entretanto, Zinoviev, negando de nuevo las contradicciones con su postura en el IV Congreso, declaraba solemnemente que en el V Congreso la Internacional efectuaba un *giro a la izquierda*,

Los posteriores acontecimientos permitirán juzgar el valor que tienen las *sagradas* conclusiones del V Congreso: el giro a la izquierda, la interpretación rectificadora de la táctica del Frente Único y del gobierno obrero, la confianza concedida sin reservas al grupo Fischer-Maslow, ortodoxo, disciplinado, verdadero interprete de la táctica leninista, justo censor y crítico de las bestialidades de la izquierda italiana. No dejaremos de subrayar que, para perpetuar el equívoco, mientras se nos acusaba de que con nuestra actitud estábamos haciendo el juego a Radek y Brandler, se preparaban resoluciones que, como de costumbre, estos votaban en pleno, sumergiéndose en la unanimidad triunfante. Pero entonces, dirán algunos, ¿según vosotros, por principio, en los Congresos comunistas debe haber siempre lucha y desacuerdo abierto y violento sin posibilidad de llegar a una solución común? Respondemos sin tardanza que si la unanimidad se lograra a través del estudio y las consideraciones objetivas y superiores de los problemas, sería ideal, pero la unanimidad artificial es mucho más dañina que el desacuerdo abierto en la consulta del Congreso, excepto en lo que respecta a la disciplina ejecutiva. Y los propios hechos se han encargado de demostrar que se trataba precisamente de unanimidad artificial: los fracasos de la táctica aprobada con tanto entusiasmo, la excomunión de aquellos que se habían presentado como los pioneros más seguros, la alternativa destitución de esos grupos de dirigentes cuya solidaridad y disciplina hacia las *infalibles* directrices de la Internacional antes tanto se alababa.

Las tesis sobre la táctica del V Congreso están muy a la *izquierda* comparadas con las del IV. Pero yo no me arrepiento de haberlas combatido. No me arrepiento de no haber exigido, a cambio del voto de la izquierda italiana, que se introdujera alguna otra frasecilla *más a la izquierda*. Los acontecimientos se han desarrollado como se han desarrollado: confirmando —demasiado— los fundamentos de nuestra desconfianza hacia el modo de trabajar de la Internacional y sus Congresos.

El capítulo sobre el Frente Único es durísimo. Ninguna coalición, nada de rebajarnos al nivel de los

obreros socialdemócratas, sino una lucha para arruinar a la socialdemocracia, convertida en *tercer partido burgués*, se denuncia el peligro oportunista que existe en caso de aplicar mal la táctica del Frente Único, etc. En cuanto al gobierno obrero, la tesis de Graziadei termina triturada: *dos veces mordió el polvo, dos veces volvió a los altares...* El texto de las tesis dice [«*Correspondencia Internacional*», Ed. Francesa, n° 61, del 2 de septiembre de 1924]: «*La consigna del gobierno obrero y campesino no es en ningún caso, para los comunistas, una táctica de acuerdos y de transacciones parlamentarias con los socialdemócratas*». Y un poco antes: «*La consigna del gobierno obrero y campesino, para la Internacional Comunista, se traduce en el lenguaje popular, en el lenguaje de la revolución, como la dictadura del proletariado*». El lector no tiene más que comparar esto con lo que se dice en el citado párrafo del Congreso precedente, para poder apreciar la rectificación en toda su amplitud. Sin embargo, esto no es suficiente para nosotros, los obstinados *izquierdistas*... Nosotros hemos pedido un funeral de tercera clase para esa consigna, para el propio término *gobierno obrero*. Teníamos razón al hacerlo porque, como se ha visto precedentemente, antes ya se habían hecho otras tantas declaraciones que supuestamente garantizaban o tendían a dar garantías (junio de 1922) contra este peligro, pero no pudieron evitarlo ni mínimamente. Y todo lo que ha sucedido luego que nos ha dado la razón todavía más.

El grupo Fischer-Maslow, por el contrario, volvía a Alemania entusiasmado para anunciar a las turbas que el V Congreso había dado un paso gigantesco hacia la izquierda.

OTRO EPISODIO DEL V CONGRESO

No estaría mal ilustrar otro episodio que trajo a colación una afirmación muy arriesgada pronunciada durante esta discusión: se trata de esa que decía que nosotros, la Izquierda italiana, en el V Congreso, nos habíamos alineado con los que condenaban a la oposición trotskista en la *cuestión rusa*. Aunque esto fuese cierto, no nos quitaría ningún derecho a solidarizarnos con las críticas hechas por Trotsky a la política internacional, expuestas posteriormente en sus *Enseñanzas de Octubre*. Pero las cosas son muy distintas. Antes del V Congreso, nuestro Partido no se había pronunciado sobre las divergencias surgidas entre Trotsky y el Comité Central del Partido ruso a propósito de la vida interna del Partido y los problemas de la vida económica en la república de los Soviets. Le tocaba pronunciarse a la delegación. Pero ésta debió constatar *unánimemente* que al Congreso no se habían llevado los elementos necesarios para un juicio serio y razonado. Hubo un amplio informe de Rýkov, en ruso, que no se tradujo oralmente, y por escrito se distribuyó con gran retraso. Trotsky y los suyos no intervinieron en la discusión, considerándola cerrada desde el XIII Congreso del P.C.R. No hubo ningún debate. No se reunió la comisión. Una pequeña comisión de cinco miembros, entre los que estaba yo, se reunió sólo en vísperas de la clausura del Congreso, literalmente.

En la reunión de nuestra delegación *nadie* se pronunció a fondo a favor en la cuestión de la condena de León Trotsky. Muchos dijeron que no podían pronunciarse: algunos (nosotros, los de la Izquierda) aportaron argumentos a favor de las críticas de Trotsky contra la extinción de la discusión interna en el Partido ruso. Se propuso dejar que el Partido ruso tomara la responsabilidad de la decisión y que simple y llanamente el Congreso votara a título consultivo la moción del Partido ruso. Yo preparé una declaración en este sentido para insertarla en las actas de la pequeña comisión rusa, pero en el último momento incluso esto le pareció a los centristas un paso demasiado arriesgado, e hice la declaración sólo en nombre de la Izquierda: todo esto sin que la delegación hubiese modificado su actitud neutral. Después de aquello, es verdad que todos

votamos en la última sesión del Congreso la resolución contra la oposición, pero esto no puede sorprender si tenemos en cuenta que en pocas horas se votaron todas las resoluciones sobre todos los puntos del orden del día y que en aquel breve y apresurado momento de trabajo en el Congreso ya era difícil que tomase la palabra quien no era orador, y por lo tanto saltarse los mecánicos procedimientos de la sesión. Nosotros, la Izquierda, estamos contentos de haber votado contra la resolución de la mayoría en la discusión política central, y de haber hecho no pocas declaraciones sobre la táctica y los otros puntos del orden del día. Votamos materialmente la resolución rusa como tantas otras que no podíamos compartir totalmente: y *precisamente la resolución rusa la votó, sin compartirla, toda la delegación italiana*. Tanto es así que, en la discusión del posterior Ejecutivo Ampliado, todos los italianos se opusieron a la expulsión del trotskista Souvarine, para gran escándalo de la mayoría.

En todos estos elementos que me he visto obligado a precisar, surgió nuestra desaprobación en lo que respecta a la manera de trabajar de los órganos del Komintern. No es lógico y posible pensar que se puede romper con este método a través de una oposición aún más obstinada e irreductible que aquella de la que suele ser acusado el que esto escribe: no se trata de una reacción moral o de dar un ejemplo personal de exagerado coraje para hacer olvidar su ausencia general entre los representantes del Congreso. No es extraño, pues, que también nosotros nos hayamos visto obligados a votar en contra de nuestras propias opiniones. El mal está en el sistema, que es necesario eliminar no ya con un código de conducta personal para los compañeros, sino con un planteamiento distinto de toda la actividad colectiva y orgánica de los partidos y de la Internacional.

TRAS EL V CONGRESO. LA «NUEVA TÁCTICA».

Entre el 21 de marzo y el 3 de abril del año en curso se reunió en Moscú el Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional. Desde el punto de vista formal la línea política del V Congreso se ha visto totalmente confirmada. La resolución principal, en lo que se refiere a Alemania, aunque revela no pocas deficiencias en el trabajo del Partido, que no ha liquidado todavía sus errores de izquierda en la cuestión sindical (se trata del escisionismo sindical que por nuestra parte siempre hemos combatido), reitera la norma: «propaganda de la consigna del gobierno obrero y campesino según la interpretación del V Congreso, o sea, en el sentido revolucionario que excluye toda interpretación oportunista».

Pero el 4 de abril, Zinoviev pronuncia un discurso importante. Primero se entretiene en la cuestión de la estabilización del capitalismo, para protestar contra las interpretaciones exageradas de su pensamiento y reafirmar que estamos, a juicio de la Internacional Comunista, en la era de la revolución mundial que se abrió en 1917. El presidente de la Internacional, luego, pronuncia unas palabras sintomáticas a propósito de las elecciones presidenciales alemanas, que en la primera vuelta señalaban una sensible recuperación de las fuerzas del Partido Comunista. Zinoviev dice que se han cometido errores, y critica a aquellos compañeros que afirman que es indiferente para el proletariado que haya una república o una monarquía. Desde el punto de vista marxista la cuestión no se plantea así. Zinoviev tiene razón: pero ¿acaso él se plantea la cuestión de un modo marxista? No lo parece, sobre todo por las soluciones que de hecho él adopta. Se comienzan a seguir fórmulas inciertas y contradictorias que, a veces, de golpe, nos hacen incluso dudar sobre unas tesis que parecían ciertas, evidentes y estables. Tenemos aquí nuevos ejemplos de cómo hay que resolver y cómo no se resuelven las cuestiones, los cuales plantean al verdadero y viejo militante marxista la necesidad de preguntarse: pero, ¿cuál es pues el verdadero motivo por el que se debe *actuar así*?

Escuchad lo que dice Zinoviev («*Correspondencia Internacional*», n° 43, del 25 de mayo de 1925): «*Para la lucha de clase del proletariado, la república burguesa es un terreno mucho más favorable que la monarquía. Naturalmente, no ya porque la república tienda a la paz civil, sino porque esta forma de gobierno pone más claramente de relieve el carácter de clase de la burguesía*». Pero, entonces ¿qué deben hacer los comunistas alemanes? Nada se dice: pero si la república es la forma burguesa más clara, nosotros pensamos que entonces los comunistas alemanes deberían lanzar aún más radicalmente contra quienes la defienden a las fuerzas revolucionarias del proletariado. Por el contrario, veremos que no es así. Ni siquiera a Zinoviev (que a diferencia de muchos otros que se dicen sus defensores, *sabe qué es el marxismo*) le convence la tesis de que el régimen más republicano y liberal facilita, por su menor reacción y represión, la acción proletaria. Tesis de la que tradicionalmente surge la teoría y la práctica socialdemócrata. Zinoviev afirma correctamente que existen diferencias –lo cual es cierto– entre régimen monárquico y republicano, pero se equivoca a la hora de sacar las consecuencias tácticas, que él ya *había decidido* cuáles serían.

Sigamos los hechos y los documentos. En las elecciones para la segunda vuelta los comunistas alemanes mantienen la candidatura de Thälmann, que obtiene 60.000 votos más, pero el general Hindenburg consigue ser presidente de la república prevaleciendo claramente sobre el candidato republicano burgués, Marx. Se lanza sobre los comunistas alemanes esa tempestad de acostumbradas recriminaciones, la izquierda burguesa y socialdemócrata se comporta como si los revolucionarios hubiesen firmado un contrato con ella comprometiéndose a defenderla cuando la derecha la barre. Aceptar esta extorsión significa admitir que el comunismo no es más que un subproducto de la democracia, tesis digna de la escuela de Treves y Turati: en cambio a nosotros nos parece que, ante tales pretensiones, nuestra clásica actitud política es un fecundísimo medio de preparación y clarificación revolucionaria, pues además de distinguir a *nuestra* propia manera entre república y monarquía, entre liberalismo y horca burguesa, restriega en la cara de los demócratas y socialdemócratas sus propias pretensiones, invitando a los trabajadores a no derramar ninguna lágrima por su derrota.

Pero el comité Central de *izquierda* del Partido alemán, algunas horas después de ser elegido Hindenburg, se reunió para declarar que se había equivocado al no valorar el posible *peligro monárquico*. Convoca al Comité nacional del partido, que confirma esta valoración, aunque se forma una fuerte minoría que lanza la alarma contra el repliegue del Comité Ejecutivo de la Internacional y del Centro alemán sobre posiciones dignas de Brandler y Cía.

En el n° 54 de la citada «*Correspondencia Internacional*» podemos leer la resolución del Comité Nacional. Cuando menos es confusa, pero contiene gravísimas concesiones en materia de táctica que aquí no nos urge mucho criticar en sí mismas, queriendo sobre todo poner de relieve que hoy las resoluciones de los congresos no representan ninguna garantía, aunque sean muy izquierdistas, dado que se prosigue con una táctica que es más que de derechas: «*Debemos mostrar que la democracia burguesa no permite la transición al socialismo y no ofrece ninguna garantía contra la reacción [hasta aquí bien]. Nosotros debemos exponer también que facilita la lucha de clases más que un gobierno monárquico absolutista, permitiendo plantear más abiertamente los problemas de clase, haciendo la vida política accesible a las masas, suscitando más fácilmente luchas internas entre los diversos estratos de la burguesía, contribuyendo así a fortificar al proletariado, a condición de que éste sepa sacar provecho de tal situación*». ¿Y cuáles son las consecuencias de este contradictorio planteamiento de un problema viejo y siempre nuevo? Helas aquí: «*En las elecciones presidenciales... debemos maniobrar en el sentido de las propuestas de la delegación alemana y de la Internacional Comunista. Así, debemos guiar a la clase obrera alemana para que forme un bloque en base a*

un programa de mínimos, republicano, con los verdaderos partidarios de la república [¡sic, sic, sic, sic!], uniéndonos en torno al nombre de un candidato republicano militante en la lucha contra la reacción». Así se desenmascarará, dice la resolución, a la socialdemocracia. La propuesta del Komintern era que ésta no retirase a su candidato, Braun, por el que habrían votado los comunistas, que retirarían la candidatura de Thälmann. Pero si el objetivo era: a) desenmascarar a la socialdemocracia; y b) evitar el peligro de la victoria monárquica, entonces está claro que los socialdemócratas, con las cifras en la mano, habrían respondido que no bastaban los votos de Braun más los de Thälmann para batir a Hindenburg, y era necesario formar el bloque incluso con las fuerzas del demócrata burgués y católico Marx. La consecuencia, pues, de la política sugerida por la Internacional, era que los comunistas apoyasen una candidatura burguesa o, al menos, el voto conjunto de comunistas y socialdemócratas y demócratas burgueses a una candidatura, pongamos, de Braun. Es cierto que los demócratas probablemente habrían rechazado semejante acuerdo con la participación de los comunistas, pero nosotros debemos mirar los efectos que estas propuestas de maniobras tácticas provocan en las masas: y no hay de qué escandalizarse cuando nosotros señalamos cuáles son las inevitables consecuencias de formar un bloque con Marx, pues según nuestra firme opinión y la propia declaración formal –en las tesis– del Ejecutivo Ampliado, la socialdemocracia no es más que el tercer partido burgués.

El documento que estamos examinando, y el otro que se incluye en el n° 62 de la citada «*Correspondencia Internacional*»: «*Resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista después del Consejo Nacional del P.C.A.*», además de otro publicado en el n.º 69: «*Mensaje del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al X Congreso del P.C.A.*» (creo que publicado en *L'Unità*) reafirman esta *nueva táctica*, y añaden que es totalmente admisible que los comunistas, en ciertas situaciones parlamentarias, *no derroquen* e incluso *apoyen* a los gobiernos socialdemócratas, o incluso a gobiernos de izquierda burguesa, siempre para evitar el triunfo de los monárquicos. Se habla, es verdad, de poner algunas condiciones. Pero esto agrava el asunto: ya no se trata solamente de una actitud *negativa*, sino de abrir negociaciones, o al menos de hacer propuestas a dichos partidos burgueses.

Contra las críticas de la izquierda del P.C.A., aquellos documentos intentan establecer una clara distinción entre semejante *maniobra bolchevique* y el vulgar posibilismo oportunista del tipo *bloque de izquierdas* francés. No me adentro en la crítica de esta difícil distinción que tan pocas garantías ofrece, porque no estoy tratando expresamente de la táctica, sino del modo de trabajar, o sea, de discutir, deliberar y de seguir a nuestros más altos órganos de Partido.

Mientras están en vigor las tesis tácticas del V Congreso, formalmente reafirmadas por el Ejecutivo Ampliado, de hecho se realiza una política y una táctica que se distancian mucho de aquellas tesis, aún más que la táctica que se adoptó en Alemania entre el IV y el V Congreso, la cual se pretende condenar y enterrar. Efectivamente, el Frente Único, limitado en todo caso a los partidos *proletarios*, no debía nunca convertirse en una combinación parlamentaria. El gobierno obrero sólo debía ser una consigna de agitación y no una forma política efectiva de transición entre el régimen burgués y la dictadura proletaria. Ahora, en cambio, sin necesidad de hacer añicos oficialmente las tesis del V Congreso, se defiende y se practica una táctica en la que la maniobra, primero: va más allá de los partidos socialdemócratas y llega a todos los partidos *republicanos*; segundo: se lleva a cabo y se ejecuta *exclusivamente* o, al menos, principalmente, en el terreno electoral y parlamentario; tercero: ya no es solamente un simple medio de demostrar que una verdadera colaboración entre los comunistas y los dirigentes de los otros partidos es imposible, sino que desemboca en una acción común efectiva y positiva enfocada resueltamente a impedir que se forme el

gobierno de derechas, lo que supuestamente es necesario para el buen desarrollo de la actividad del Partido.

Yo no creo que se pueda decir seriamente que la *nueva táctica* no niega la letra de las tesis del V Congreso, en las que incluso se habla de prohibir maniobras ciertamente mucho más *inocentes* que las que ahora vemos perfilarse en el horizonte. En todo caso, ni siquiera pensábamos que esta eventualidad fuera posible: se nos aseguraba al contrario que... íbamos hacia la izquierda. Esto nos lleva a preguntarnos para qué valen las decisiones de los Congresos, cuya observancia se supone que es la panacea bolchevizadora para todos nuestros males. Y si esta conciliación dialéctica que yo no consigo ver es absurdamente posible, ¿por qué no se previeron nunca con antelación, al menos a grandes rasgos, tan graves eventualidades? Y la disciplina, que se supone que es nuestro bien más preciado, ¿a qué se reduce para los dirigentes, cuando tienen completa libertad de hacer lo que quieran con las decisiones de las reuniones internacionales?

Sólo una respuesta podría justificar esta *nueva táctica*: estamos ante una nueva situación; ayer, cuando la situación nos presentaba la posibilidad de conquistar el poder, defendíamos la táctica del Frente Único y del Gobierno Obrero como un medio para acelerar el desarrollo de la situación hacia la máxima conquista; hoy, nueva situación, nueva táctica. En una situación que no permite luchar por el poder, la función de los Partidos comunistas es garantizar un mínimo beneficio económico y político para el proletariado. Pero, aparte del hecho de que se niega que la situación haya cambiado radicalmente, semejante planteamiento realmente nos autorizaría a alertar del peligro oportunista que, por ejemplo, en Italia resumimos en la fórmula: antifascismo, cuestión y tarea política perjudicial.

LA EXCOMUNIÓN DEL GRUPO FISCHER-MASLOW

En la campaña por la nueva táctica y contra la oposición alemana, el Centro del Partido, dirigido por Fischer, ha sido completamente solidario con el Comité Ejecutivo de Moscú. En el Congreso, la oposición de izquierda se reducía a unos pocos delegados, y renunció (hizo mal) a presentar una resolución política propia. Todo esto se ha anunciado como el resultado y la demostración de la bolchevización de la Internacional y del Partido. El Congreso era el Congreso ideal: poco debate y una enorme mayoría apoyando las opiniones de la *Internacional*. Estaríamos pues, finalmente, en el buen camino.

Por el contrario, nada de todo esto era verdad. Basta con leer el himno de A.P. en *L'Unità* del 23 de agosto y su referencia a estos ejemplos, que supuestamente deben servir para que nosotros, izquierdistas italianos, corriamos nuestras posturas. En este Congreso modelo, incluso la izquierda de Rosenberg habría sido excomulgada. Por lo demás, el delegado del Komintern, en su celo bolchevizador, ha creído oportuno acusarme de estar conscientemente ausente de toda actividad del Partido tras el suceso Matteotti. Traigo así de paso otra pequeña prueba contra el método que vengo criticando, pues no se trata de defenderme personalmente. Este gran compañero, que en este caso concreto parecía estar al margen de todos estos vicios, sólo con saber que la consigna vigente era la de disparar sobre Bordiga (para exaltar, pongamos... a Ruth Fischer) se olvidó del pequeño detalle de que precisamente yo en aquel momento estaba en Moscú participando en el V Congreso. (Eso no me impidió escribir desde Viena al Centro de nuestro Partido: no sé exactamente todo lo que está sucediendo por ahí, pero os envío mi parecer: no tenemos nada que ver con la política de la Oposición). Y si no hubiese acudido al V Congreso... ¡tierra trágame!, a juzgar por el escándalo que se ha armado porque no acudí al último Ejecutivo Ampliado. Así juzga y se conduce nuestra Internacional.

Volviendo al Congreso de la bolchevización del Partido alemán, podemos decir ahora que no era más que un escenario montado sobre la verdadera crisis del Partido. Es recientísima la noticia de que el Comité Ejecutivo de la Internacional ha liquidado el grupo Fischer-Maslow, al que se le reprochan severamente errores pasados y presentes. No importa que durante dos años se haya estado apoyando a este grupo en una violenta campaña contra los viejos militantes y dirigentes del Partido alemán, que le hayan lanzado contra nosotros como si se tratara de un maestro versado en comunismo, que le hayan convertido en el primer justiciero de León Trotsky, que, finalmente, en el reciente Congreso del Partido se les haya vuelto a dar unánimemente un voto de confianza.

Las acusaciones que se lanzan contra este grupo son bastante extrañas. Se le acusa casi de complicidad con los ultraizquierdistas de la oposición, a los que hasta ayer se enfrentaba. Para nosotros la evolución hacia la izquierda de dicho grupo no es seria, sin embargo pensamos que no merece *ni cet excés d'honneur, ni cette indignité*. Se declara que el grupo dirigente ha ahogado al Partido, ha destruido la democracia interna, pero entonces, ¿para qué vale el reciente Congreso y la derrota de la *ultraizquierda*? ¿Y es ahora cuando la Internacional nota esa *mano férrea* de Ruth Fischer?

Podemos concluir con seguridad que desgraciadamente nada nos garantiza que el Partido comunista vaya por el buen camino, se encuentra en la línea política del Komintern, del leninismo y del bolchevismo, está en el camino de la bolchevización completa, que su Centro ha ratificado completamente y el estado-mayor internacional ha avalado. No sólo desde nuestro punto de vista, que concibe de otra forma las condiciones que garantizan la acción revolucionaria eficaz y potente y la defensa contra el oportunismo, sino desde el propio punto de vista de Moscú, este escenario está sujeto a cambios, y es de esperar que se hagan declaraciones oficiales en las que se afirme que todo iba mal y que no estábamos en el buen camino en lo que respecta a la doctrina, la política y la organización.

Por tanto, tenemos todo el derecho a no contentarnos con las garantías verbales que nuestros centristas se ven obligados a ofrecer, y a continuar buscando en otra parte la buena vía comunista, siguiendo un método que nos ha permitido diagnosticar desde hace tiempo los peligros que hoy se van manifestando de manera tan evidente.

La conclusión crítica y la reconstrucción, desde nuestro punto de vista, de los criterios en los que debe basarse el trabajo de la Internacional, deberán exponerse en otra parte, y no pretendemos tener la solución a estos problemas en el bolsillo. Pero lo que hemos expuesto basta para ilustrar a cualquier compañero que hay que rechazar sin más el optimismo burocrático y estéril, que pretende estancarnos, y la mala costumbre de seguir *con los ojos cerrados*. Un Partido como el nuestro, frente a todo esto, tiene algo que decir. Y tiene que hacerse oír.